

ESPECTRO

CUENTOS Y SOMBRAS



Pilar Salgado

 FONDO
EDITORIAL
UNEFM

2022. Autora:
PILAR SALGADO

Ilustradora:
PILAR SALGADO

Foto de portada:
FILIP SZYLLER
<https://www.pexels.com/es-es/foto/flor-abejorro-insecto-flora-13592041/>

Diseño y Diagramación:
CARLOS SALGADO

Fondo Editorial UNEFM
Falcón – Venezuela

Edición: Wilmara Borges
Corrección de estilo: Jesús Madriz / José Nava

HECHO DEPÓSITO DE LEY
Depósito legal: Fa2022000051
ISBN: 978-980-245-122-7

Versión digital:
Fondo Editorial UNEFM
Derechos reservados

*Uno no se ilumina imaginando figuras de luz, sino haciendo
consciente la oscuridad*

Carl Jung



Dr. Freddy Rodríguez
Decano de Investigación UNEFM

COMITÉ ÁREA DE EDUCACIÓN:

Lic. Wilmara Borges (MSc.)
Dr. Jesús Madriz
Dr. José M. Nava
Lic. Yudyth Revilla (MSc.)
Lic. Jesús A. Colina (MSc.)

*En homenaje a los ángeles que también con su
oscuridad han pasado por mi existencia.*

ESPECTRO

CUENTOS Y SOMBRAS



Pilar Salgado

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	12
La bestia	13
La maldición	17
El secreto	23
La muerte de Eusebio	28
Jabibi	33
Dulce deseo	38
Pasionaria	42

PRESENTACIÓN

Nada más fugaz que el mundo real, que el hoy, el ahora. Habitamos en una dimensión repleta de seguridades fundadas en la soberbia de una existencia efímera, en donde todo debe ser comprobado científicamente para tener cabida en el canon de los entendidos. Ante esta perversa y absurda posición intercede el arte, la literatura, con su magia y su libertad y su capacidad de asombro y de aceptación ante lo grandiosamente verdadero.

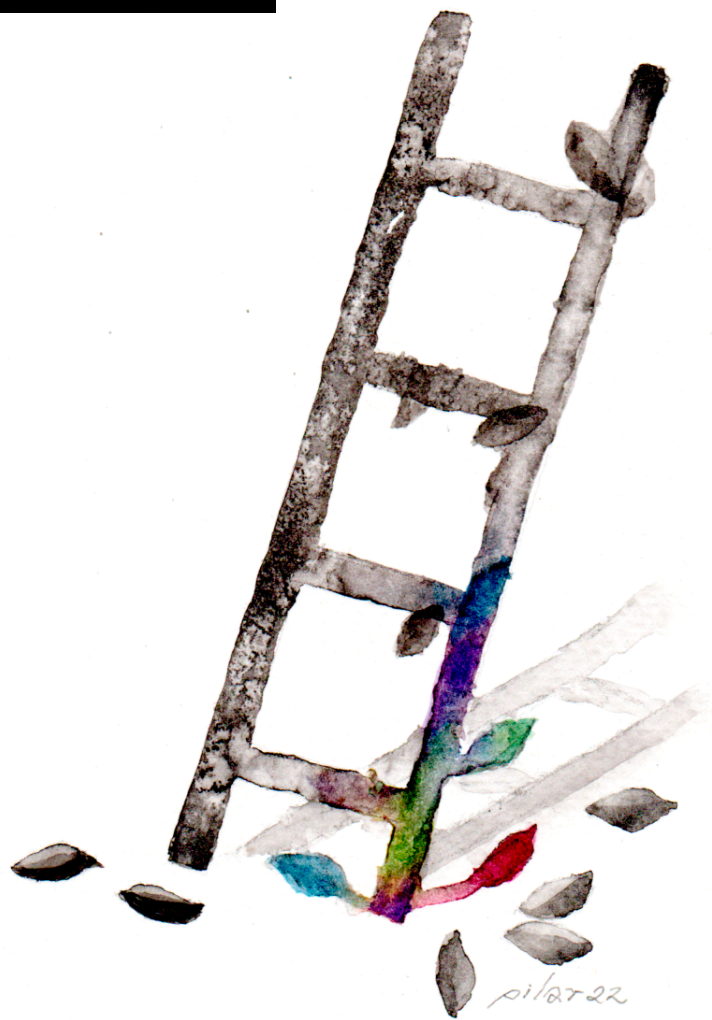
Pilar desborda de una manera sencilla y extraordinaria a la vez, en cada uno de los cuentos que nos regala en esta entrega, su mundo imaginario colmado de realidades que pertenecen a una dimensión diferente de esta, en algunos de los cuentos se dejan entrever experiencias que bien pudieron ser propias o cercanas o lejanas, reales o no, pero dibujadas desde la esencia de una magia muy humana.

Espectro, alude a lo sobrenatural, pero también a lo diverso, a lo diferente, a lo que no se ajusta a una norma rígida, a lo cambiante, a lo maravilloso, a la posibilidad de lo imposible, a la existencia de lo que no es propio de la razón, sino del espíritu.

Espectro, es un camino entre dos o más dimensiones que vacila entre luces y sombras y descansa en la certeza de lo inconsistente, que también es parte de la realidad. Este camino ha sido andado y desandado por la pluma de Pilar durante años y ahora nos lo dona vestido de literatura. Disfrutemos, pues, de estos cuentos bien logrados, que no pretenden adoctrinar, que no contienen moraleja alguna, son, tan solo, un pedazo de vida que escapa de la fugacidad del mundo en que habitamos y eso los hace extraordinarios.

Wilmara Borges

La Bestia



Sucedió cuando éramos unos niños. Mis hermanos y yo empezamos a sospechar que nuestro padre estaba marcado por designios diabólicos. Una serie de sucesos y señales nos condujeron a esta hipótesis. La primera señal fue el látigo de cuero que colgó en la cocina como un objeto de tortura visual, imposible estar en casa sin verlo constantemente con todo el dolor y la amenaza que representaba. No recuerdo si alguna vez lo usó, porque papá con un solo gesto infundía un terror más poderoso que la misma presencia del látigo. Una palabra de él era suficiente para que se nos quitara el sueño o, todo lo contrario, en segundos quedásemos profundamente dormidos. Era un misterio como en algunas ocasiones que no deseábamos comer, papá nos lanzaba tan solo una mirada y en minutos no quedaba absolutamente nada en los platos. Todo lo sabía, era como si leyese nuestros pensamientos, no había manera de pensar siquiera en mentirle.

Tenía el poder de decidir sobre nosotros hasta el más mínimo detalle de nuestras existencias. Incluso los nombres que colocara a nuestros perros, Damián, Calígula, Nerón, eran una clara señal de su naturaleza sombría. Así, poco a poco llegamos a la conclusión de que papá podía ser el enviado de Satán. Lo confirmamos

al conocer la fecha exacta de su nacimiento: 6-6-51. Los números de la bestia. El apocalipsis estaba cerca y papá no lo sabía. Decidimos entre todos que jamás debía enterarse de su espantosa condición, porque ello supondría suprimir su personalidad terrenal con la cual nos había enseñado a lanzar piedras en el mar para que rebotasen tres veces antes de hundirse en el agua, a juntar nuestras manos formando una cavidad que al soplar emitía ruidos fantásticos, a admirar acostados en el suelo del patio las estrellas e identificar constelaciones cuando no había luz. También nos enseñó a hacer cometas y barquitos de papel.

No, no debía enterarse jamás de su trágico destino. Intentamos de varias formas buscar la marca en su cuerpo para confirmar su suerte, pero no fue posible sin que él sospechara. Así que con el tiempo desistimos de la idea. Luego de algunos años cuando ya casi olvidábamos el destino de papá, en una tarde de esas lentas, calurosas, con el sol alumbrando en amarillo, vimos a papá colocar la escalera de madera bajo el árbol de mango. Curiosos lo observamos por la ventana porque el árbol ni siquiera había florecido y desde hace tiempo lo habíamos convencido de bajar la trampa para los pájaros. Entonces vimos aterrados, inmóviles y temblando cuando amarraba un mecate a una rama formando un

anillo directo a su cuello. Mamá sin saber nada nos miró intrigada, siguiendo nuestra vista hacia la ventana gritó despavorida y salió al jardín alzando los brazos en dirección al mecate. Papá dio un paso atrás sobre un escalón, soltó la cuerda y nos miró espantado. Entendimos de inmediato que la bestia había hecho su jugada vengativa. Papá no tenía la menor idea de por qué estaba allí.

Bajó aturdido, con el semblante blanco y sus extremidades vacilando en cada escalón que pisaba. Luego, no dio explicaciones ni muestras de algún tipo de emoción. Silenciosos, continuamos la tarde como si no hubiese sucedido nada.

Papá se había salvado y el secreto seguiría con nosotros hasta el final de nuestras existencias.



La Maldición



La noche estaba tan clara que se podía observar perfectamente la carretera. Como otras tantas veces, viajábamos con la intención de entregar mercancía: Ídolos, inciensos mágicos, pociones y baratijas. Sobre las que sentía absoluto desprecio, pero era lo único que había podido conseguir para ganarme la vida hasta ese momento.

No íbamos a más de ochenta kilómetros por hora cuando de pronto nos volcamos. La primera vuelta fue estrepitosa, frenética. Luego, con una lentitud y densidad acuática, dimos dos vueltas más hacia el lado izquierdo de la vía; un claro de tierra en el centro de un bosque desértico y espinoso. Cuando por fin la camioneta se detuvo sobre sus cuatro ruedas como lo haría un gato, nuestras miradas se cruzaron asombradas. Estábamos completamente a salvo, sin rasguños ni golpes, aturdidos, con la sensación de que solo era una pesadilla. Nos bajamos lo más rápido posible. Al ver el vehículo en perfectas condiciones como si nada hubiese ocurrido, caí de rodillas al suelo, exhausta, confundida. Apenas había logrado incorporarme cuando sonó el teléfono móvil. Era el jefe, preguntando si habíamos salido con bien del accidente. El horror se apoderó de mi razón porque no existía en ese entonces ninguna manera de que se enterase tan velozmente de lo acontecido. Sentí que mi pecho se inflaba debido a la dificultad para exhalar. Estaba aterrorizada.

Bajo estas circunstancias, era imposible poder continuar en

ese trabajo. Supe que el chófer simplemente desapareció. En cambio, yo, con la honestidad de mis padres, decidí entregar cuentas de la mercancía y anunciar mi renuncia. El jefe entró en cólera. Con el rostro desfigurado de la rabia echo tres maldiciones escupiendo sobre mis zapatos: La primera, que jamás encontraría un trabajo estable; la segunda, que la soledad me acompañaría toda la vida; la tercera, que una sombra enviada por el santo de su altar, siempre me recordaría la ingratitud. Perturbada, esa noche no pude dormir, ni la siguiente, ni la posterior. Estaba al borde de la locura.

Fui a visitar a Laura con la excusa de charlar un rato. Aunque traté de prolongar la conversación el mayor tiempo posible para evitar la tortura de la noche, mi amiga ya agotada, me invitó a quedarme. Más calmada, logré conciliar el sueño algunas horas, tal vez tres, para luego despertar sobresaltada sintiendo la respiración de alguien justo sobre mi cara. Al abrir los ojos, vi un rostro borroso, oscuro con cuencas sanguinolentas, casi como una sombra. Del espanto corrí a la habitación de Laura. La desperté bruscamente, mi voz salió ronca y apagada. Le mentí diciéndole que alguien había entrado al apartamento, ella me miró desconcertada y contestó balbuceando, soñolienta, que eso era imposible. Como vivía sola, todos los días revisaba los barrotes de las ventanas y la puerta era difícil de forzar. Al ver su incredulidad le explique alterada lo que había ocurrido en

realidad, pero ella queriendo continuar su sueño pidió que me calmase, explicándome que quizás solo era mi imaginación. Salió de la habitación regresando con una colchoneta para mí, acomodándola al lado de su cama.

Como ya lo temía, pase el resto de la noche en vela, esperando con ansias el amanecer. Apenas empezó a salir el sol, entré al baño y al levantar la mirada hacia el espejo vi a la terrorífica sombra justo sobre mi hombro derecho. Salí corriendo, temblando de horror. Desperté a mi amiga sacudiéndola descontroladamente, para pedirle que por favor me ayudase, contándole la verdad. Esta vez ella escucho con mucha atención para finalmente decir, que necesitaba asistencia urgentemente, que mis ojos no paraban de moverse, que me veía trastornada. Sugirió visitase a un psiquiatra. Lloré desconsoladamente mientras ella con absoluta indiferencia, tomaba su bolso para ir al trabajo dejándome un juego de llaves del apartamento.

Me vestí rápidamente y salí a la calle, no podía quedarme allí. Encontré a varios conocidos que notaron mi exaltación, respondí con evasivas a sus preguntas sobre mi estado. Luego de mucho pensar sobre mi situación, decidí llamar a una mujer practicante religiosa, que alguien me presentara hace poco, e invitarla a un café con la expresa razón de contarle lo sucedido. Al encontrarnos me pregunté si aquel ser vestido tan estrafalariamente podría hacer algo por mí o,

todo lo contrario, enajenarme más. La mujer, considerablemente morena, de silueta curvilínea, llevaba una chaqueta de terciopelo en rosa chillón con estampado de rosas rojas y hojas en color verde fosforescente, jeans descolorido y botines en marrón excremento. Sin embargo, tomé la decisión de que ella sería el instrumento lógico para cambiar mi no menos grotesca situación. Acordamos realizar el exorcismo esa misma noche antes de que Laura regresara.

El rito se inició de manera inesperada. Recién nos acomodábamos en el sofá comenzando una charla trivial cuando la mujer extravió la mirada de tal forma que sus ojos se tornaron en blanco. Empezó a hablar en un lenguaje extraordinario, luego dos voces más en otros tantos dialectos salieron de su garganta, al mismo tiempo que se sacudía rodando por el piso. Quedé sin aliento, petrificada, fría, observando como su cuerpo se curvaba de tal forma que la cabeza casi tocaba su trasero. Después empezó a retorcerse cual serpiente, como si careciese de huesos. Todo ocurrió violentamente, tan rápido como el instante en que se incorporó para sentarse serenamente, continuando la charla en el mismo punto donde la dejó antes de caer en esa especie de trance. Yo la miraba sorprendida, hasta que me indicó que ya era el momento de iniciar la ceremonia. Evidentemente no recordaba nada. Traté de explicarle lo que paso y después de oírme, continuó hablando como si nada. No entendí si me estaba tratando como a una demente o me estaba evadiendo.

Lo cierto es que terminó explicándome que yo necesitaba orientación espiritual. Oró largo rato con su mano derecha apretando suavemente mi cabeza y con la izquierda sosteniendo la biblia.

Proseguí mi vida sin hablar más sobre esta experiencia. Luego de algunos meses coincidí con la exorcista en el mismo café donde anteriormente concertáramos nuestra cita. Me saludo afectuosamente, esta vez con el cabello de color rosa, contrastando cruelmente con su piel oscura. Le pregunté por sus hermanos espirituales y contestó que había tomado la decisión de regresar al mundo. Luego supe que había abandonado a su esposo e hijos entregándose a una vida de excesos. En lo que respecta a Laura, la echaron del apartamento por lo que tuvo que pernoctar muchas veces en su auto con el televisor y microondas incluidos, errante, sin poder conseguir un lugar fijo donde vivir. Entendí entonces que debía continuar la búsqueda de ese algo que aliviara mis tormentos sin involucrar a otras almas.

Han transcurrido largos años de mi trajinar incansable entre diferentes cultos y religiones con la finalidad de alejar esta persecución. Aun así, cada mañana sigue fielmente la presencia del espectro. Incluso ahora, que he decidido no usar espejos, al entrar al baño veo en la pared desierta la misma sombra maldita.

El secreto



Apenas había cumplido los catorce años de vida cuando la belleza de María de Los Ángeles deslumbraba a todos los habitantes del pequeño caserío. Sus cabellos ondeaban sobre el grueso saco que la protegía del intenso frío, emanando olores dulces e hipnóticos. Era casi irresistible no hacer un comentario hacia el color ambarino de su piel o la suavidad angelical de sus facciones. Esta condición natural de sus encantos la había condenado a la codicia perversa de algunos hombres y a la envidia de sus mujeres en la hasta entonces apacible y agraria aldea. Al menos así lo dictaminó la curandera que le trató durante tres días con sus noches a orillas del río, luego de que María de los Ángeles presentara unos raros síntomas que la mantenían en un estado febril sin permitirle comer ni conciliar el sueño. Cuando ya pensaban que la criatura fallecía sin remedio a pesar de los rituales ejercidos a base de hiervas, velas y tierra, su cuerpo empezó a convulsionar en una mueca horrible. Con los ojos desorbitados, la boca abierta en una dimensión extraordinaria, vomitó una bola de pelos con garras de gatos y escorpiones negríssimos que enseguida fueron quemados y enterrados a la orilla del río. Era una brujería mortal, colocada sin duda alguna en un vaso con agua que la jovencita bebió inocentemente y que por alguna razón desconocida y asombrosa su cuerpo resistió.

Aun así, para evitar que el maleficio se manifestara nuevamente, María de los Ángeles debía irse muy lejos, a

donde nadie la conociera. Por lo que la madre decidió enviarla a la ciudad con la promesa de que nunca volvería. Es así como María jamás pudo regresar con sus padres. Logró conservar la vida y gran parte de su belleza, que decidió ocultar bajo vestidos rectos y recortando hasta los hombros su hermosa melena. Quedó marcada largos años por su pasado, aun cuando se mantuvo en secreto lo sucedido a orillas del río, de alguna manera se conoció la historia de la bola de pelos arrojada por su garganta. Suficiente para que la gente de la barriada la mirase burlona o con asco.

Quedó bajo la tutela de su abuelo materno, un septuagenario solitario de pocas palabras que se dedicaba a preparar frotaciones para las dolencias del cuerpo con hierbas que traía del monte. María de los Ángeles, se instaló en un rincón de la única habitación de la casita de barro, colgó su hamaca y colocó sus pocas pertenencias sobre una silla que el abuelo le ofreció.

María buscó trabajo, una manera, más que de sustento, de escapar de ese mundo cruel que la agobiaba. Comenzó ofreciendo sus servicios como sirvienta en residencias alejadas de su comunidad, casas de gente adinerada que no conocían su pasado y que, indudablemente, si de alguna forma se enterasen simplemente no le iban a dar crédito porque *esa gente no cree en esas cosas*. Así se hizo muy popular y recomendada por sus modales modestos y discreción, atendiendo a varias familias una o dos veces por

semana. Luego, como extensión de sus servicios, empezó a cuidar enfermos. Así, poco a poco y según la circunstancia, ofrecía brebajes para alguno que otro patrón aquejado de dolencias. Habilidades aprendidas de su abuelo. De esta manera, entre una escoba, una taza de infusión de hierbas y su capacidad para escuchar con atención, María se convirtió en confidente de maridos alterados, en espía de esposas traicionadas, en paño de lágrimas y cupido de sociedad.

Cuando apenas María de Los Ángeles pasaba los diecinueve años, su abuelo la llamó con urgencia en la madrugada, sin lograr levantarse del catre por más que se esforzara: -Hija, estoy muriendo. Entre mis cosas hay algo que solo puede ser tuyo si te es revelado por sí mismo- El anciano quedó postrado algunas horas más, hasta que finalmente falleció: -¿Qué diablos sería eso? ¿Qué secreto podría haber en esa humilde vivienda? - Se preguntaba María

Resignada, sola y pensando que no podía haber nada oculto entre aquellas paredes de barro y el piso de tierra, María decidió vender la propiedad para mudarse a un lugar más cercano a sus oficios. Antes de marcharse, consideró que las pocas pertenencias de su abuelo ya no podrían ser aprovechadas por nadie. Las colocó en una caja y les prendió fuego en el patio bajo la luz de una luna redonda. Cuando de pronto, surgió de la pequeña fogata una llama verde alargada muy diferente al fuego que consumía al resto. Entendió que el secreto la había encontrado. Lanzando tierra húmeda

sobre las llamas logró recuperar gran parte de las cosas. Las revisó exhaustivamente sin notar nada extraordinario a excepción de un viejo libro: *El libro de la vida*. En cuyo epitafio expresaba que solo quien tuviese las facultades apropiadas podría leer la sabiduría oculta entre sus líneas.

María trato de descifrar esa sabiduría leyendo a diario cada página, viéndolas a contraluz, acercándolas a un candil, esperando encontrar algo diferente en su contenido a las hierbas medicinales que tan minuciosamente describía el texto, nada sorprendente para ella. Así pasaron largos años, se casó, tuvo dos hijos varones, se divorció, entregó sus hijos a diferentes familias, consiguió en dos oportunidades trabajos estables que perdió en poco tiempo por la renuencia a dejar de limpiar pisos ajenos y cuidar enfermos. Hasta que finalmente llegó el día de la revelación.

Se encontraba atendiendo a uno de sus pacientes con un brebaje exquisito, cuando de pronto el anciano le dijo: -He tenido un sueño que se me ha presentado como un presagio- Luego de la narración, el atribulado hombre le pidió que le explicara el significado. Entonces, María contestó con una simple frase que lo dejó estupefacto: *Alguien a quien usted ama con ternura morirá*. El hombre había obrando tan naturalmente como ella, como si desde siempre hubiese descifrado sus sueños. Como si esa mañana estuviese allí precisamente para ello.

La muerte de Eusebio



pilar22

Eran, aproximadamente, las tres de la madrugada, cuando desperté sintiendo la respiración de alguien justo frente a mi rostro. Abrí lentamente los ojos con sobresalto aun cuando la sábana los cubría. En un instante recé innumerables padrenuestros, pedí por mi alma y di gracias porque mi hijo estaba en casa de sus abuelos. Supliqué desesperadamente porque aquello que respiraba en mi rostro se alejara. Sin soportar un solo segundo más, cubierto mi cuerpo de sudor y temblando, recordé en una mínima fracción de tiempo la recomendación de alguien para estos casos. Así, baje la sábana de un tirón y grité con todas mis fuerzas todos los insultos y maldiciones que pueda un ser humano imaginar.

La vieja, flaca, de piel oscurísima, vestida con una bata blanca, casi transparente, desgastada, con florecitas que alguna vez pudieron haber sido amarillas, se incorporó bruscamente. Dio media vuelta diciendo en voz baja *ya una no puede ni salir a echar un paseíto* y salió de la habitación lentamente, arrastrando sus sandalias sin abrir la puerta.

No pude conciliar el sueño hasta casi el amanecer, para luego despertar con la sensación de que todo había sido

solo una alucinación. Pocas horas después, tomando un café bien negro, le conté a la vieja María mi espeluznante experiencia. Ella soltó la carcajada y luego de señalarme con el dedo y tocarse el estómago tratando de reprimir la risa, logró decir: usted no sabe de esas cosas. María ante mi incredulidad, me explicó que no había sido un sueño, había recibido la visita de un muerto.

No, María esta vez sí que estaba equivocada. Desde que conozco a esta anciana le he pedido consejos ante mis más escabrosos problemas, pero ahora era diferente. Si, ella se ufanaba de ser bruja y aunque yo no creo en esas cosas porque podrían traerme mala suerte, no podía darme el lujo de despreciar tanta sabiduría. Sin embargo, tenía derecho en esta ocasión a dudar de sus conocimientos.

María, ya un poco resignada ante mi actitud hacia su explicación, se colgó el bolso al hombro y sin mirarme a la cara, caminando calmadamente hacia la puerta dijo mientras salía: antes de tres días la llamarán a un velorio, alguien que usted quiere con ternura morirá, eso venía a avisar la muerta y usted no entendió. Enseguida, solo por si acaso, llamé a mis padres, hermanos, amigos, a todos los que se me ocurrió en ese

momento para cerciorarme sobre el estado de su salud. Al saber que todos estaban bien sentí alivio y al mismo tiempo preocupación, porque eso podría significar que la muerte podría ser trágica.

En fin, que no pude despegarme del teléfono hasta el día siguiente cuando recibí la llamada: Eusebio había fallecido. Este señor le había dedicado muchas horas a mi jardín. Su sonrisa me recordaba mucho a la de mi abuelo. Conversamos varias veces sobre cómo y cuándo era preciso podar las plantas, sobre todo las rosas que yo tanto adoraba. No podía dejar de ir al velorio.

La vida de Eusebio había transcurrido en una casita de barro, con apenas los enseres más indispensables, suficientes para él y su hermana. Por lo que fue grande mi sorpresa al llegar a tan lujosa funeraria y además ver una cantidad considerable de autos estacionados en el frente, todos de último modelo. Igualmente, los familiares y amigos se notaban elegantes y perfumados. No supe a quién dar las condolencias porque solo conocía a su hermana y ella no estaba.

Eusebio, en el centro del salón, en un ataúd suntuoso, vestido con un traje gris y corbata, parecía sumido en un dulce sueño. Al ver su rostro moreno y sus cabellos

blanquísimos, se me escapó una sonrisa y una lagrima. La bruja María estaba en lo cierto, yo quería a ese viejito con la ternura que me recordaba a mi abuelo.



Jabibi



La familia de Mohamed se dedicaba a tejer mortajas con los hilos obtenidos de los mantos de las abuelas y a bordar manteles en telas provenientes de las sabanas usadas por ellos mismos hasta dos generaciones anteriores. Se las vendían a los soldados, los mismos que bombardearon su aldea en una lluvia proveniente de docenas de aviones, que ellos compararon con una bandada de mariposas surcando el cielo. Antes, nunca habían visto un avión, ni un soldado.

Enterraron a sus muertos, los lloraron y con el tiempo aprendieron a convivir con esos extraños, a entender sus costumbres, su idioma, hasta a reír con ellos que cada tanto se iban en grupos; algunos, llevándose como recuerdo un mantel bordado. Otros, partían envueltos en las preciosas mortajas tejidas a mano. Siendo suplantados por otros tantos que llegaban como en una cadena sin fin.

Así es, como Mohamed se vio obligado a dejar el arado y las ovejas para aprender a bordar con sus enormes y callosos dedos, delicadas, diminutas flores durante noches enteras junto a su mujer para poder comprarle a esos mismos soldados para quienes las hacían, el pan para sus hijos.

Cuando ya no quedaron más sabanas para bordar o chales

para destejer, Mohamed con un dolor profundo, tomo la decisión que tanto había evitado y postergado con la esperanza de ver llegar tiempos mejores de todo aquel que no desea dejar su patria. Salió en el primer barco disponible a un país lejano del cual solo sabía que había gente de muy malas costumbres. Mohamed, después de un tormentoso viaje, llegó a Coro, la segunda ciudad más antigua de Venezuela. Era el año de 1998.

Jabibi, le pusieron de sobrenombre a Mohamed en la cuadra donde se instaló, en una casa colonial hecha de ladrillos y adobe. Remendaba zapatos; lo hacía de manera ordinaria, en contraste con las delicadas flores que podía bordar con hilo y aguja en su país. Cambiaba el modelo y la talla del calzado, de tal forma que muchas veces ya no podían ser usados por su dueño. Sin embargo, la gente regresaba con sus zapatos viejos porque Mohamed los recibía con un cariñoso “jabibi”, un abrazo y una taza de café humeante aromatizado con cardamomo.

- ¡Ah jabibi! - decía el sirio cuando los clientes se molestaban- Tú me trae zapato viejo y quiere milagro? Venga tome un cafecito, ¿Quiere uno cigarro? - y a las mujeres las endulzaba con una taza de té y una mirada de hombre viejo y cansado.

Jabibi, sin canas, ni arrugas, era un hombre fuerte, alto, hasta se podría decir imponente, mas su mirada y las líneas de horror que surcaban su rostro lo hacían parecer tener todos los años del mundo.

-No, yo no traigo a mi familia- decía cuando le preguntaban- aquí la gente es muy mala. Yo junto blata, la llevo a mi bueblo y monto una negocia bara mis hijos. Ellos son buenos, aquí se ichan a berder- y todos reían al escucharlo hablar a manera de ese dejo inocente de los viejos a los que ya no les importa nada. Y le seguían llevando los zapatos.

Siempre tenía un cigarrillo encendido, pero jamás probaba una gota de licor. Cada tanto llegaba un furgón a dejarle las exquisiteces de su tierra en hermosos frascos de diferentes formas y colores: cremas, salsas, confituras, semillas con las cuales agasajaba a toda la clientela que tuviese la curiosidad de probarlas. Cocinaba con la misma primorosidad con la que bordaba los manteles, rellenando con paciencia y sabiduría las más perfectas y diminutas berenjenas.

Esperaba reunir en un año lo suficiente para comprar una camioneta, cerrar el local y distribuir material a zapateros remendones. Y lo hizo. Jabibi, cumplió su objetivo justo en el tiempo programado. Buscó un

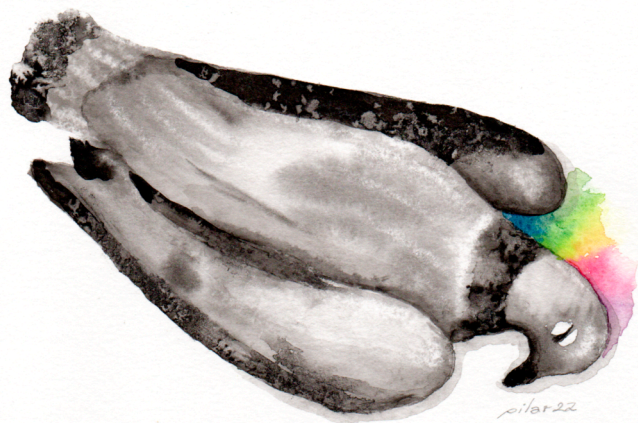
ayudante para no cerrar *la negocia* y viajo durante meses por cada rincón del país distribuyendo su mercancía.

Un día, no se supo más de Mohamed. El ayudante estuvo horas en la puerta del local durante varios días esperando su llegada y nunca apareció. Solo quedaron en la cuadra sus fieles clientes que cada tanto se acercaban al local para encontrarlo cerrado, y el paso apurado con ojos tristes de la mujer que lo dejaba todo pintarrajeado esporádicamente.

Pasaron unas cuantas semanas antes de que su arrendataria decidiera forzar el candado frente a algunos testigos. Encontraron la cafetera llena, el frasco de berenjenas abierto con gusanos, restos de pan de pita devorado por las ratas, los zapatos sin arreglar desperdigados por el piso y su ropa intacta, bien doblada sobre una silla.

Mohamed, desapareció. Quizás, por culpa de la gente mala.

Dulce deseo



Mama falleció poco después de mi cumpleaños número cincuenta. Al velorio llegaron gentes que afirmaban conocerme de hacía años. Sin embargo, no hubo anécdota que me hiciera recordar a alguno. Luego del entierro, la vieja y ruinoso casa donde nací, se transformó en un laberinto extraño, lleno de sombras y silencios. Las palomas relojeras del patio fueron falleciendo una a una. A cambio de ellas, aparecieron innumerables arañas que enredaron sus tejidos entre las columnas y las vigas de madera.

Mama lo era todo. Ella sabía las medidas exactas para preparar las golosinas que ofrecíamos cada tarde en el zaguán. Preparaba el café con agua de caña dulce para todo el que pasara a las tres de la tarde. Recibía afectuosa a los extraños con una arepita rellena de caraotas. Ella me rescató una tarde en la que apenas con doce años, salí caminando sin rumbo, maquinalmente, tan lejos, tan lejos, que ya no había casas, ni personas, ni animales, ni plantas. Solo un camino de tierra que subía a un lugar recóndito.

Consumida en mi dolor, una locura repentina extravió mi alma. Cualquiera podía ser buena compañía en mi inmensa soledad. Sucumbí a la bebida, a las drogas y conocí el sexo. No tenía que buscar sentido a lo que

sucedía a mi alrededor, solo quería dejar de pensar.

Un día de lucidez, me di cuenta de que me habían robado todo. Mi casa fue saqueada vilmente por quien decía amarme. Los candados puestos en los antiguos baúles de roble estaban forzados. No aparecieron los cubiertos de plata, ni las joyas con rosas de Francia que por tantos años guardó secretamente mamá.

Inesperadamente, una tarde de cielo naranja, llegó un hombre bien vestido. Bebimos de una botella que trajo consigo, me habló de inversiones, negocios y persuadió de firmar algunos papeles. En pocos días estaba en la calle, hurgando en la basura:

- ¿Qué te ha pasado? – Preguntaban los conocidos - ¿Por qué no has venido a pedir ayuda? - Me daban alimento, escuchaban mis lamentos, se angustiaban conmigo. Pero yo tenía que salir a revisar otra bolsa de basura, comer alguna sobra podrida, pelear por los restos de una botella de licor. A ratos sentía una vergüenza terrible, corría a esconderme entre las sombras de la calle, esperando el momento para continuar la interminable odisea de mis días.

Así rodando, golpeando, recibiendo golpes, violaciones, casi sin dientes, desperté en una camilla con la boca seca.

Llamé con una voz que no era la mía. Con el cuerpo casi inmóvil, tuve fuerzas para pedir un caramelo. Jugué con la dulce bolita un rato, con la punta de mi lengua lo llevaba adelante, atrás, rodeando mis encías. Entonces, un suspiro profundo, dejó a la golosina atrapada en mi garganta, quedando para siempre sola, fría, muerta.



Pasionaria



Pieris 22

La planta creció súbitamente generando siete ramas gruesas que en pocas semanas ya trepaban el techo de la casa totalmente blanca, luminosa. En infinidad de finos y largos brazos, se fue enredando por las columnas hasta entrar sigilosamente por las ventanas. Casi como un juego feliz y gentil, fue enamorando a sus habitantes, tres mujeres claras de espeso cabello negro, tocándoles sutilmente las mejillas con sus apéndices ensortijados.

Un día floreció tanto que su perfume se propago dulcemente, hechizando aún más a las mujeres que no salieron más. Solo se les veía, religiosamente, cada mañana y tarde, asomando los torsos por las ventanas para admirar el jardín de una única planta. Los colibríes empezaron a llegar; revoloteaban un rato para luego alejarse sin probar del néctar de las flores. Decenas de cigarrones volaban en círculos un rato para marcharse molestos y cansados. Las flores no polinizadas cayeron al suelo negras y retorcidas. En una de sus ramas, el nido no prosperado de unos pájaros soltó efluvios pestilentes durante días.

La planta sigilosa, encantada, siguió creciendo con más fuerza hasta enredar en una noche cada cuerpo de las tres bellas, entrando por sus orificios y saliendo estrepitosamente por sus ombligos, convirtiendo ese

espacio de tierra y de tiempo en una mini jungla intransitable. Nadie preguntó por las mujeres. Nadie recordó sus nombres, ni de dónde provenían. La casa permaneció cerrada. El verde de la planta refulgía con el sol inclemente y palidecía en los días nublados. Sin embargo, los vecinos ya ni miraban al pasar.

Los meses transcurrieron y por fin una bandada de mariposas blancas logró probar el néctar de las flores. En pocas semanas las ramas se llenaron de frutos y los niños de la cuadra se endulzaron con ellos. La planta, ya sin frutos, seca, fue desintegrándose poco a poco hasta que ya ninguno supo ni se acordó más de ella. La casa, blanquísima aún, quedó desolada con la tierra estéril, abandonada por la memoria y el tiempo.





Pilar Salgado Campos

Nació en Lima Perú.
Nacionalizada venezolana en
Falcón.

Trabajos:

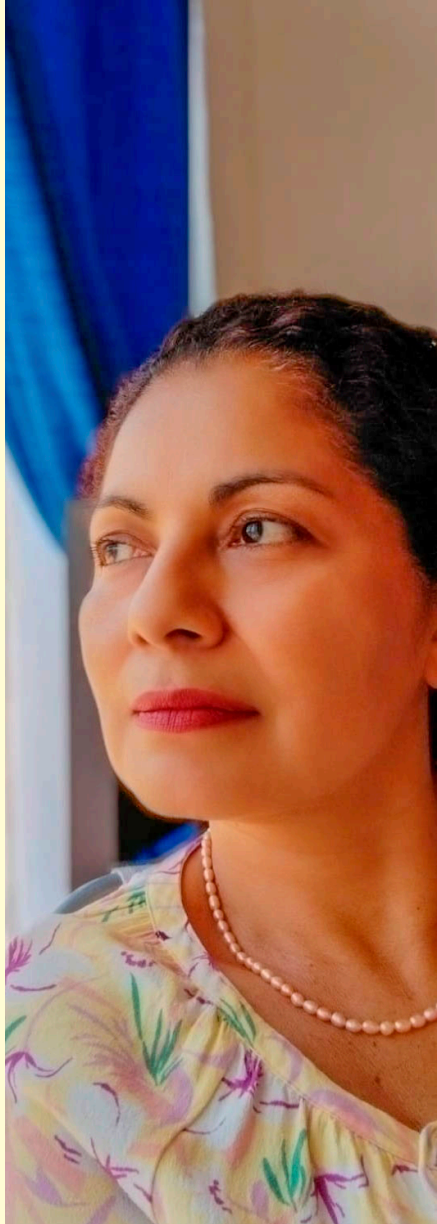
Incudef 2005, Convenio de la
Cultura en las escuelas cómo
especialista en artes plásticas.

**Museo de Arte Coro 2005 -
2017**, en talleres de creatividad
infantil.

**Secretaría de Educación del
estado Falcón 2006**,
Especialista en Artes Plásticas.

**Universidad Pedagógica
Experimental Libertador
2019**, Docente en el Área
Cultural.

**Colegio Parroquial Padre
Negro desde 2021**, Docente
Integral en la comuna de
Caldera Tercera Región de
Atacama, Chile.



Espectro, es un camino entre dos o más dimensiones que vacila entre luces y sombras y descansa en la certeza de lo inconsistente, que también es parte de la realidad. Este camino ha sido andado y desandado por la pluma de Pilar durante años y ahora nos lo dona vestido de literatura. Disfrutemos, pues, de estos cuentos bien logrados, que no pretenden adoctrinar, que no contienen moraleja alguna, son, tan solo, un pedazo de vida que escapa de la fugacidad del mundo en que habitamos y eso los hace extraordinarios.

ISBN: 978-980-245-121-0



9 789802 451210